

posición que hemos hecho se destruye á sí misma.

SÓCRATES. Ahora solo nos resta examinar si las fuerzas interiores del alma pueden disminuir de un modo tan insensible como se separan las partes del cuerpo.

CÉBES. Exactamente.

SÓCRATES. Sigamos paso á paso en su viaje á tan fieles compañeros, el cuerpo y el alma, que se pretende lo tengan todo comun hasta la muerte, para ver lo que será de ellos últimamente. Mientras el cuerpo está sano y la mayor parte de los movimientos de la máquina se dirigen á la conservacion y el bienestar del todo, y los órganos de los sentidos se hallan en el estado de perfeccion que deben tener, el alma posee toda su fuerza, siente, piensa, ama, aborrece, desea y quiere. ¿No es verdad?

CÉBES. Sí.

SÓCRATES. El cuerpo enferma y se manifiesta en él una visible discordancia entre los movimientos de la máquina, porque muchos de ellos no se dirigen á la conservacion del todo, sino al contrario tienen fines diversos y opuestos. ¿Y el alma?

CÉBES. Si nos atenemos á la experiencia, diremos que se debilita, sufre conmociones desarregladas, piensa erróneamente y obra contra su voluntad.

SÓCRATES. Prosigamos. El cuerpo muere, es decir, parece que todos sus movimientos dejan de tener por objeto la vida y la conservacion del todo; mas pueden existir aun interiormente algunos movimientos vitales que procuran al alma algunas representaciones oscuras, y entonces las fuerzas del alma deben limitarse á estas hasta su total destruccion.

CÉBES. Infaliblemente.

SÓCRATES. Viene en seguida la corrupcion, las partes que hasta ahora tuvieron un objeto comun, formando una sola máquina, tendrán en lo sucesivo diferentes fines y vendrán á ser partes de máquinas diversas. ¿Y al alma, querido Cébes, dónde la dejaremos? Su máquina está corrompida; las porciones que quedan de ella no le pertenecen, ni componen ya un todo capaz de ser animado: tampoco hay ya órganos de los sentidos, por medio de los cuales pueda percibir algunas sensaciones. Segun esto, ¿será todo estéril en ella? ¿todos sus pensamientos, sus ideas, sus caprichos, sus deseos, sus aversiones, inclinaciones, pasiones, todo, en fin, habrá desaparecido sin dejar el menor vestigio?

— Eso no es posible, dijo Cébes, porque sería un total aniquilamiento, para lo que no tiene facultad la naturaleza.

SÓCRATES. Amigos, ¿en qué quedamos definitivamente? El alma no puede perecer, porque pasar del último estado á la eternidad, sería lo mismo que pasar de la existencia á la nada, tránsito que no puede fundarse ni en la esencia de un ser particular, ni en la dependencia general de los seres. El alma, pues, deberá durar

y existir eternamente: si existe, es menester que obre y sufra, y si debe obrar y sufrir, es menester que tenga ideas; porque sentir, pensar y querer son las únicas acciones y pasiones que pueden convenir á un ser que piensa. Las ideas nacen siempre de las sensaciones, ¿y de dónde vendrán estas si no existen los órganos de los sentidos?

— No hay cosa, contestó Cébes, que parezca mas justa que esta serie de consecuencias, y sin embargo, conduce á una contradiccion manifiesta.

Sócrates prosiguió: — Una de dos: ó es menester que el alma se anonade, ó que tenga ideas despues de la corrupcion del cuerpo. Estos dos casos nos parecen imposibles; mas es necesario que uno de los dos se verifique: tratemos, si es que podemos, de salir de este laberinto. Por una parte el alma no puede anonadarse naturalmente; pero ¿en qué se funda esta imposibilidad? No desmayéis, amigos, por tenerme que seguir por senderos espinosos y difíciles, pues estos nos conducirán á una de las deliciosas mansiones que mas pueden recrear al espíritu humano. Respóndedme: ¿vinimos á parar á la consecuencia de que la naturaleza no puede obrar un aniquilamiento para formarnos una justa idea de la fuerza de los cambios naturales?

LOS DISCÍPULOS. Así es.

SÓCRATES. Por esta parte no podemos esperar que hallarémos salida: es necesario retroceder. El alma no puede perecer: luego es necesario que dure, obre, sufra y tenga ideas despues de la muerte. Á esto se opondrá la imposibilidad de que nuestra alma tenga ideas sin recibir impresiones de los sentidos; pero ¿quién nos asegura esta imposibilidad? Sola la experiencia, porque en este mundo no podemos nunca pensar sino con el auxilio de las impresiones de los sentidos.

LOS DISCÍPULOS. Efectivamente.

SÓCRATES. ¿Y qué razones tenemos para hacer extensiva esta experiencia mas allá de los límites de esta vida, y para negar absolutamente á la naturaleza la posibilidad de hacer pensar al alma sin el auxilio de este cuerpo organizado? ¿Qué opinas de esto, Simmias? ¿No sería ridículo que un hombre, sin haber salido nunca de las murallas de Atenas, quisiese concluir por su sola experiencia que en todos los países de la tierra el día, la noche, el invierno y el verano hacen sus cambios del mismo modo que entre nosotros?

SIMMIAS. Esto sería un absurdo.

SÓCRATES. Si un niño encerrado en el vientre de su madre pudiese raciocinar, ¿llegaría á persuadirse de que separado un día de aquel, debe gozar al aire libre de la benéfica luz del sol? ¿No deduciría mas bien de su situacion actual la imposibilidad de semejante estado?

SIMMIAS. Así parece.

SÓCRATES. Pero ¿qué ciegos somos! ¿Raciocinamos acaso mejor, cuando hallándonos apri-

sionados en esta vida, pretendemos decidir lo que será posible á la naturaleza despues de la muerte? Sola una ojeada á la inagotable variedad de la naturaleza puede convencernos de la insuficiencia de nuestros raciocinios. ¡Oh! ¡Qué pobre y débil sería si no se extendiese mas allá del alcance de nuestra experiencia!

SIMMIAS. Ciertamente.

SÓCRATES. Con que tenemos motivos fundados para desechar esta experiencia, despues de haberle opuesto la verdadera imposibilidad del anonadamiento del alma. Con razon Homero pone en boca de su héroe esta exclamacion: « Tan cierto es que las almas no pueden dejar de pensar en sus moradas del Orco, aun cuando sus cadáveres no estén unidos con ellas. » Es verdad que la idea que nos da Homero del Orco y de las sombras que bajan á él, no parece que está enteramente de acuerdo con la verdad; pero es cierto, amigos, que nuestra alma triunfa de la muerte y de la corrupcion, y que deja en este mundo su cadáver para que bajo mil variadas formas cumpla los designios del Altísimo, en tanto que ella se eleva sobre el polvo y continúa (en virtud de otras leyes naturales, mas superiores á las que rigen el mundo sublunar) contemplando las obras del Criador y teniendo ideas del poder del Ser infinito. Amigos, medita bien este punto: si nuestra alma despues de la descomposicion del cuerpo vive y piensa, ¿no deberá, como en el estado presente, aspirar á la felicidad?

— Esto me parece verosímil, dijo Simmias; mas yo no me fio mucho de mis conjeturas, y así desearía saber tus argumentos.

— Voy á exponértelos, continuó Sócrates. Si el alma piensa, es necesario que las ideas se sucedan unas á otras, y tambien que prefiera tener estas ó aquellas ideas, es decir, que tenga una voluntad. Pero si tiene una voluntad, ¿cuál podrá ser el objeto de esta, sino el sumo grado de su bienestar, ó lo que es lo mismo, la felicidad?

SIMMIAS. Eso lo entendemos todos.

— ¿Cómo podrá conseguirse, prosiguió Sócrates, el bienestar de un espíritu que no tiene que cuidarse de satisfacer las necesidades del cuerpo? El comer, el beber, el amor y todos los placeres sensuales no son ya objeto suyo; todo lo que en esta vida afectaba el tacto, el gusto, la vista y el oído no merece su atencion, y tal vez no le quedará mas que una débil y desagradable reminiscencia de los placeres que gozó estando unida al cuerpo. ¿Podrá aun andar en busca de estos?

SIMMIAS. No los buscará ya; así como un hombre en su edad madura no busca las diversiones de su infancia.

SÓCRATES. Las grandes riquezas ¿serán objeto de sus deseos?

SIMMIAS. ¿Cómo podría buscar las riquezas hallándose en un estado en que, segun parece, no puede poseer ninguna propiedad, ni gozar ningun bien terreno?

SÓCRATES. La ambicion es una pasion del alma que parece puede conservar esta aun despues de separarse del cuerpo, porque depende poco de las necesidades corporales. Pero el espíritu sin cuerpo ¿en que hará consistir las distinciones honoríficas? Ciertamente no será en el poder, ni en las riquezas, ni en la nobleza de sangre, porque todas estas extravagancias las dejó en la tierra juntamente con el cuerpo.

— Sin duda.

— No le queda otra cosa mas que la sabiduría, el amor de la virtud y el conocimiento de la verdad. Solo estas cosas pueden distinguirla y enaltecerla sobre las demas criaturas de su especie. Pero ademas de este noble deseo de gloria, disfrutará allí de aquellos placeres espirituales de que gozó en la tierra sin el auxilio del cuerpo, como son la belleza, el orden, la simetría y la perfeccion que tanto la deleitaron. Estos afectos son tan inherentes á la naturaleza del alma que no puede abandonarlos en ningun tiempo. El que en la tierra tuvo cuidado de su alma y se ejercitó en la sabiduría, en la virtud y en el amor de la verdadera belleza, tiene esperanzas mas fundadas de continuar en estos ejercicios aun despues de la muerte, y de aproximarse por grados al Ente Supremo, fuente de toda ciencia, compendio de todas las perfecciones y perfeccion suma.

¿No os acordáis, amigos, de aquellos deliciosos momentos que habéis gozado algunas veces cuando vuestra alma, arrebatada de una belleza espiritual, se olvidó de su cuerpo y sus necesidades, y se abandonó enteramente á aquella sensacion celeste que la tenia absorta? ¿Qué éxtasis! ¿Qué entusiasmo! Pero solo la presencia de la Divinidad puede producir en nosotros tan sublimes trasportes; así que toda idea de belleza espiritual es realmente una elevacion del alma á la esencia de la Divinidad, porque lo bello, lo regular, lo perfecto que observamos, es una débil imágen de lo que es en realidad la belleza, el orden y la perfeccion. Yo me acuerdo de haber desarrollado con mas claridad estas ideas en otra ocasion; por ahora me contento con deducir esta consecuencia. Si es cierto que despues de esta vida la sabiduría y la virtud serán el único objeto de nuestra ambicion, y que nuestros deseos no tendrán otro fin mas que la investigacion de la belleza, orden y perfeccion espirituales, nuestra existencia no será mas que un continuo mirar á la Divinidad; placer celeste que aun en esta vida por poco que le disfrutemos, compensa cien veces las nobles fatigas del hombre virtuoso. Todas las penas que se sufren en esta vida, ¿no se desvanecen á la vista de una eternidad tan deseada? ¿Qué es la pobreza, el desprecio y la muerte mas ignominiosa si por su medio podemos prepararnos una felicidad semejante? No, amigos, el que está persuadido de haber obrado con arreglo á justicia, no puede afligirse en el momento que marcha á gozar una felicidad inalterable. Solo el que en el discurso de su vida



ofendió á los dioses y á los hombres, el que se sumergió en deleites brutales, el que sacrificó á una gloria vana víctimas humanas y que se ha gozado en las miserias de los demas, solo ese tiemble al aspecto de la muerte, pues no puede volver la vista á lo pasado sin llorar, ni mirar á lo futuro sin espanto. Mas yo, gracias á la Divinidad, no tengo que echarme en cara ninguno de esos excesos; todo el tiempo de mi vida he buscado con grande empeño la verdad y he amado la virtud sobre todas las cosas; por lo tanto debo alegrarme al oír la voz de la Divinidad que me llama á gozar en la gloria divina de las bellezas celestes que siempre he deseado conocer en medio de las tinieblas de este mundo.

Y vosotros, amigos, reflexionad bien los motivos de mis esperanzas, y si os convencen, bendecid el momento que me saca de la tierra, y vivid de tal modo que estéis siempre prontos á morir alegremente. Tal vez la Divinidad nos reunirá en su seno. ¡Oh amigos! ¡Con qué placer recordaremos entónces este día!

Calló nuestro maestro y empezó á pasearse por la habitacion. Todos nosotros, convencidos con sus discursos, meditábamos en silencio sobre las materias que se habian discutido; solo Cebes y Simmias se hablaban en voz baja. Sócrates se volvió hácia ellos y les dijo: Amigos, ¿por qué habláis tan bajo? Yo quisiera saber si habia que censurar algo en las razones que he expuesto, y tambien conozco que me falta algo para aclararlas debidamente. Si habláis de otra cosa, no os digo nada; pero si tratáis del asunto de que hemos tratado, os suplico que nos comunicéis vuestras objeciones y dudas para que podamos examinarlas juntos, y deshacerlas, ó si no, dudar con vosotros.

— Te confieso, Sócrates, respondió Simmias, que tenemos objeciones, cuya refutacion deseamos saber; mas tememos ser importunos en las presentes tristes circunstancias.

— Muy difícil me será, replicó Sócrates sonriéndose, persuadir al resto de los hombres que mi presente situacion no me parece tan infeliz, pues que vosotros mismos no la creéis tampoco y aun teméis que esté mas melancólico ó de peor humor que de ordinario. Se dice que los cisnes, cuando están para morir, cantan mas dulcemente que durante su vida. Si estas aves están, como se cree, consagradas á Apolo, yo diría que el dios en el instante de la muerte les hace gustar de antemano la bienaventuranza de la vida futura, y que así ellos cantan por la alegría que les causa esta circunstancia. Lo mismo me sucede á mí: yo soy sacerdote de este dios y él ha impreso en mi alma un sentimiento de la futura bienaventuranza que me quita el mal humor y me hace estar mas sereno que nunca en el momento de mi muerte; por lo tanto, no temáis proponerme vuestras dudas y vuestras objeciones, y pedirme todas las aclaraciones que pueda hacerlos, en tanto que los Once nos lo permiten.

— Está bien, dijo Simmias, yo empezaré y Cebes me seguirá. Quiero hacer ántes una observacion, y es que si tengo algunas dudas sobre la inmortalidad del alma, no son contra la verdad de esta doctrina, sino contra la posibilidad de llegar con solas las luces de la razon á lo que se llama demostracion, ó mas bien contra el método que has escogido para convencernos. Por lo demas, yo adopto con mucho gusto esta doctrina consoladora, no solo como tú nos la has representado, sino como nos la han transmitido los antiguos sabios, dejando á un lado los cuentos de los poetas y de los fabulistas.

Á mí me parece que cuando nuestra alma no halla motivos de certidumbre, debe abrazar aquellas opiniones que elevan y ennoblecen su ser, porque estas opiniones, semejantes á unas naves que surcan la inmensa superficie del mar, nos conducen á un seguro puerto al traves de las olas de esta vida. Estoy persuadido de que no puedo contradecir la doctrina de la inmortalidad y de la recompensa debida á la virtud en otra vida, sin ver nacer infinitas dificultades y sin ver envuelto en una horrible incertidumbre todo lo que hasta ahora he mirado como verdadero y bueno. Si nuestra alma es mortal, la razon no es mas que un sueño que Júpiter nos envia para engañar nuestra fragilidad: la virtud pierde todo aquel esplendor que la hace divina á nuestros ojos, y lo bello y lo sublime, tanto en lo moral como en lo físico, no son imágenes de las perfecciones divinas, porque una cosa mortal no puede recibir el mas delicado rayo del Ser inmortal por su esencia. Nosotros hemos sido colocados en este mundo como las bestias solo para ocuparnos en buscar nuestro sustento y despues morir; dentro de pocos dias tanto valdrá que yo haya sido la honra ó la vergüenza de la creacion, y que yo haya aumentado el número de los hombres felices ó el de los infelices. Ademas, el mas vil de los mortales tiene derecho para sustraerse al dominio divino, y un hierro puede romper el lazo que une al hombre con Dios. Si nuestra alma es mortal, los mas sabios legisladores y los mas célebres fundadores de las sociedades humanas nos engañaron ó se han engañado, y el género humano se concertó para fomentar una mentira y para hacer respetar á los impostores que la imaginaron. Una reunion de seres libres y pensadores no vale mas que una tropa de bestias privadas de razon, y el hombre (yo me espanto al contemplarle sumergido en tal abyeccion) sin la esperanza de la inmortalidad, el hombre, la mas perfecta entre las obras de la creacion, es el mas miserable de los animales que vagan por la superficie de la tierra, pues que por un cúmulo de desventuras está obligado por su propia condicion á temer la muerte y á entregarse á la desesperacion. Por último, Dios no es un ente infinitamente bueno y que goza de la felicidad de sus criaturas, sino que es un ser maléfico que ha dotado al hombre de admirables facultades con el único objeto de hacerle mas misera-

de raciocinios exactos se recuerda mas fácilmente que un conjunto de verdades, el cual exige una disposicion particular en el alma, y este es el motivo que me induce á proponerle todas las dudas que el mas decidido adversario de la inmortalidad pudiera sacar á la palestra. Si no te he entendido mal, hé aquí á lo que se reduce tu demostracion. El cuerpo y el alma viven en la mas estrecha union: aquel se descompone poco á poco en sus partes; esta ó debe ser anonadada, ó tener ideas; mas nada puede ser anonadado por las fuerzas de la naturaleza; luego nuestra alma no puede cesar naturalmente de tener ideas...

*Aquí Mendelsohn se separa de Platon para demostrar la inmaterialidad del alma: nosotros omitimos el segundo y tercer diálogo para venir á parar á aquel pasaje, en que Sócrates figura que le preguntan sus amigos: cuál es la condicion de las almas en la otra vida; qué region habitarán; en qué se ocuparán; de qué modo las almas virtuosas serán recompensadas, y cómo las que el vicio ha contaminado en la tierra serán iluminadas y colocadas en mejor camino.*

Despues de esto continúa el filósofo: — Si alguno me hiciese todas estas preguntas, yo le responderia: Amigo, estas preguntas son superiores á las facultades de mi entendimiento: ya te he conducido por todas las vueltas del laberinto y te he enseñado la salida: no sé decirte mas: otros podrán llevarte mas lejos. Si las almas de los impíos han de tener frio ó calor, hambre ó sed, si han de agitarse en las aguas cenagosas del Aqueronte, si han de habitar en el tenebroso Tartaro, ó entre las llamas del Flegeton hasta que se purifiquen, si los bienaventurados han de respirar el éter mas puro en un país resplandeciente con el oro y las piedras preciosas, ó si han de gozar una eterna juventud hartándose de néctar y ambrosia; amigo, todo esto son cosas que ignoro. Nuestros poetas mítologos, si saben algo mas, instruyan á los demas, pues no es malo que algunos hombres empleen su imaginacion en estas averiguaciones; en cuanto á mí, me contento con la conviccion de que estaré eternamente bajo la proteccion de la Divinidad, de que su santa y justa providencia velará siempre sobre mí tanto en la otra vida como en esta, de que harán mi verdadera felicidad la belleza y perfeccion de mi alma y de que esta perfeccion consistirá en la templanza, la justicia, la libertad, el amor, la beneficencia, el conocimiento del Ser Supremo, la constante inclinacion á cumplir sus designios y la resignacion á su voluntad santa. Ved aquí la bienaventuranza que me espera en el porvenir que se ofrece á mi imaginacion; ya no tengo necesidad de hacer esfuerzos para ponerme en el camino que á ella conduce. Vosotros, Simmias, Cebes y todós los demas amigos, me seguiréis sucesivamente cuando os lo prescriba la naturaleza. Ya me llama el inexorable hado, diría un poeta en una tragedia: ántes de tomar

able y mas digno de compasion. Yo no puedo expresar la angustia que oprime mi alma cuando me pongo en la situacion de aquellos infelices que temen un anonadamiento semejante. Es preciso que el pensamiento amargo de la muerte envenene todos sus placeres, y cuando quieren gozar de la amistad, conocer la verdad, ejercer la virtud, respetar al Criador y abandonarse á los trasportes que excita la vista de la belleza y de la perfeccion, la espantosa idea del anonadamiento se presenta á su alma, como un espectro que cambia su placer en desesperacion; una respiracion entorpecida ó una pulsacion detenida bastan para privarles de todos sus deleites. El ser que adora á Dios va á perderse en polvo, barro y corrupcion.

Doy gracias á los dioses porque me han librado de este temor, el cual llenaria de amargura todos los goces de mi vida y me los convertiria en otras tantas picaduras de escorpion; mis ideas sobre la Divinidad, sobre la virtud, sobre la dignidad del hombre y sobre la relacion en que está con Dios, no me dejan duda alguna sobre su destino; la esperanza de una vida futura hace desaparecer todas estas dificultades y restablece la armonía entre las verdades de que estamos convencidos enteramente, justifica á la Divinidad, da á la virtud su nobleza, su esplendor á la belleza, al deleite sus atractivos, dulcifica la miseria, y en fin, hace amar las penas de esta vida, comparando su brevedad con la eterna duracion de la felicidad que de ella se deriva.

Una doctrina que concuerda con tantas verdades conocidas y ciertas, y por medio de la cual vemos desvanecerse una multitud de dificultades, nos encuentra muy dispuestos á adoptarla, y casi no tiene necesidad de otras pruebas, porque aun cuando ninguna de estas razones tenga en particular el mayor grado posible de certeza, sin embargo reunidas, nos convencen de tal modo que nos tranquilizan enteramente y quitan todas nuestras dudas. Pero, querido Sócrates, la dificultad está en tener presentes en el alma todas estas razones con la frecuencia que deseamos y la prontitud necesaria para comprender de una sola ojeada y con conocimiento de causa su armonía. En todo tiempo y en todas las circunstancias de la vida necesitamos de su auxilio; pero ni todos los tiempos, ni todas las circunstancias de la vida nos proporcionan el sosiego y tranquilidad de alma, ni nos permiten siempre acordarnos bien de todas estas razones, ni sentir la fuerza de la verdad que resulta de la union de todas ellas. Todas las veces que nos representamos solo una parte de ellas, ó no nos las representamos con la prontitud que se requiere, la verdad pierde parte de su fuerza, y la tranquilidad de nuestra alma corre un grave riesgo. Mas si tú, Sócrates, nos conduces á la verdad por medio de una serie progresiva de razones convincentes, entónces la demostracion de esta verdad brillará eternamente en nuestras almas. Un encadenamiento



la bebida que se me prepara, debo ir al baño, aunque no sea mas que para ahorrarme a las mujeres el trabajo de lavar mi cadáver.

— Muy bien, dijo Crito. ¿Y no tienes nada que mandarnos acerca de tus hijos y negocios domésticos? ¿En qué podemos servirte? ¿Qué exiges de nosotros?

— Que viváis, Criton mio, como siempre os he aconsejado; nada tengo que añadir. Si os respetáis a vosotros mismos, y si sois siempre virtuosos, estad seguros de que, sin prométemelo, viviréis conforme a mis deseos y los vuestros; pero si olvidando vuestros deberes, abandonáis la senda que os he mostrado, tanto por lo pasado como por lo presente, lo que podéis prometerme ahora, de nada servirá.

Criton replicó: — Querido Sócrates, harémos todos los esfuerzos posibles para no salirnos del camino que con tanto afán nos has trazado, pero dínos, ¿qué quieres que hagamos contigo despues de la muerte?

— Haced lo que queráis, respondió Sócrates, si es posible que yo quede aun entre vosotros y no me escape.

Al mismo tiempo nos miró sonriendo y dijo: — Amigos, yo no puedo persuadir a Criton á que el verdadero Sócrates es el que habla en este momento y el que está aquí detenido hace tiempo. Él cree siempre que el cadáver que verá dentro de poco, y que en este mismo instante no es mas que mi habitacion, será todavía el verdadero Sócrates, y por eso pregunta lo que debe hacer conmigo despues de la muerte. Todas las razones que he expuesto hasta ahora para probar que tan luego como la cicuta haya hecho su efecto, no quedará con vosotros, sino que pasará á la morada de los bienaventurados, le parecen una invencion mia para consolaros en estos últimos momentos. Queridos amigos, tened la bondad de hacer con Criton lo contrario de lo que él hizo conmigo delante de mis jueces: él aseguró que yo no me escaparía; mas vosotros salid por fiadores de que yo inmediatamente que muera, me marcharé. Haced esto para que él, al ver quemar ó sepultar mi cuerpo, no se aflija como si me sucediese alguna desgracia y no diga en mis funerales: Ya ponen á Sócrates en el féretro, ya se llevan á Sócrates, ya entierran á Sócrates. Sabe, querido Criton, que todos estos modos de hablar son impropios y contrarios á la verdad. Muéstrate alegre y animoso y deja que entierren mi cadáver, si bien tú puedes darle la sepultura que permiten las leyes.

En seguida pasó acompañado de Criton á la habitacion inmediata para tomar el baño y nos suplicó que le esperásemos. Hicimoslo así y entretanto nos pusimos á hablar sobre cuanto se habia dicho, repitiendo sus argumentos para convencernos mejor; mas estábamos sumergidos en la afliccion mas profunda, como si hubiésemos perdido un padre querido yuviésemos que vivir en adelante como huérfanos.

Despues del baño, entraron á verle sus criadas

y sus tres hijos, uno de los cuales era ya adulto y los otros dos de tierna edad. Comunicóles en presencia de Criton su última voluntad, los despidió y se volvió con nosotros; el dia empezaba ya á declinar. Sócrates se sentó; pero habló poco, porque un momento despues entró el oficial de los Once, quien se sentó á su lado y le dijo: « Sócrates, no te parece á los demas hombres: todos los que fueron condenados contigo me maldicen cuando por orden de los magistrados les anuncio que es tiempo de beber la taza envenenada; pero tú eres el hombre mas dulce y valeroso que he visto en estos lugares. Estoy persuadido de que si conservas algun rencor, no es contra mí, sino contra... ya sabes quiénes tienen la culpa. Ahora puedes pensar lo que tengo que decirte. Adios. Sufré con paciencia lo que es inevitable. » Al concluir estas palabras volvió á otro lado sus ojos bañados en lágrimas. Sócrates le miró y dijo: « Adios, amigo, haré lo que tú quieras. » Y volviéndose hácia nosotros, añadió: « Ved ahí un hombre de bien: él ha venido con frecuencia á hablar conmigo y no hay hombre que sea mas bueno y compasivo; mirad con qué sinceridad llora por mí. Mas, Criton, es menester obedecerle: dí que traigan el veneno si está ya pronto, y si no, que le preparen.

— ¿Por qué tanta prisa? querido Sócrates, replicó Criton. Aun no ha dejado el sol de iluminar el horizonte; otros, despues del aviso, tratan de divertirse ántes de beber la cicuta, y pasan en los placeres los últimos momentos que les quedan: no hay necesidad de apresurarse tanto.

— Los que consideran los placeres como un bien, que se entreguen á ellos; en cuanto á mí, querido Criton, tengo mis razones para obrar de otro modo: retardando la muerte no quiero ganar nada, y sería una cosa ridícula que pensase prolongar los instantes de una vida que no es mia. Haz lo que te digo; no me hagas esperar mas.

Entonces Criton avisó al esclavo que esperaba la orden para preparar el veneno, y habiendo salido este, volvió poco despues con el oficial de los Once, quien tenia en la mano la taza para dársela á Sócrates. « Acércate, le dijo este, dame la taza, buen hombre, y dime lo que debo hacer, pues tú debes saberlo. »

— Bien poco es, respondió el oficial; despues de haber bebido, debes pasearte hasta que te canses y despues te echarás en la cama.

En seguida le presentó la taza. Sócrates la tomó sin mudar de color, mirándola con tranquilidad, y le dijo: ¿Crees que puedo verter un poco para hacer una libacion á los dioses?

— No, no hay mas que la cantidad necesaria.

— Entonces me abstendré de hacerlo; mas puedo dirigirles una súplica: « Dioses que me llamáis, dignaos concederme un buen viaje. » Inmediatamente llevó la taza á sus labios y bebió la cicuta sin mostrar la menor conmoción.

Hasta aquí permanecimos tranquilos; pero al verle beber y vaciar la taza, ya no nos pudimos contener; empecé á llorar amargamente, y para dar un libre curso á mis lágrimas, me tapé el rostro con el manto. No lloraba tanto por su suerte como por la mia, no pudiéndome consolar de perder un amigo semejante. Criton que habia empezado á llorar mucho ántes que yo, empezó á pasearse precipitadamente por la prision, y Apolodoro que nunca habia cesado en sus lamentos, empezó á dar tan lastimeros gritos, que nos partian á todos el corazón. Sócrates sin conmoverse, parecia, sin embargo, que se condolia de nosotros, y nos gritó: « ¿Qué hacéis, hombres pusilánimes? He despedido á las mujeres para no oír gemidos y lamentos, pues he oído decir que se debe procurar exhalar el último aliento entre buenos auspicios y bendiciones; calmáos y mostrad que sois hombres.

Una firmeza tan heroica nos hizo avergonzarnos y cesamos de llorar. Se paseó hasta que sintió que le flaqueaban las piernas; entonces se acercó á la cama y se echó de espaldas, segun le habia indicado el oficial. Poco despues este vino á visitarle, y tocándole una pierna, le preguntó si lo sentia.

— No, dijo Sócrates.

Entonces se volvió aquel á nosotros y nos dijo: — Ya empieza á helarse el bajo vientre. En cuanto le llegue el frio al corazón, morirá.

— Amigo Criton, dijo Sócrates con voz débil y moribunda, no te olvides de ofrecer un gallo á Esculapio: le debemos este sacrificio.

Y estas fueron sus últimas palabras.

— Lo haré, respondió Criton: ¿tienes algo mas que mandar?

Sócrates no respondió nada, y un momento despues ya habia espirado. El oficial le descubrió y estaba enteramente frio: Criton le cerró la boca y los ojos.

Tal fué, Cherécates, el fin de nuestro amigo, del hombre mas elocuente, mas justo y mas sabio que hemos conocido.

#### § 4. PLATON.

El que se haya penetrado bien de las doctrinas pitagóricas que hemos expuesto anteriormente, advertirá que Platon las adoptó en el fondo, si bien trasformó los números en ideas. En cuanto á la forma, une los diversos actos y artificios del entendimiento, pero con una extremada sencillez; emplea á menudo la ironía socrática, casi siempre busca una definicion, pero al mismo tiempo se vale de la division, ampliacion y deducion; se complace en los ejemplos y en las comparaciones, y no excluye la inspiracion ni el entusiasmo.

Para formarse un exacto concepto tanto de la filosofía de Sócrates como de la de Platon, dice Gioberti en la *Introduccion al estudio de la filosofía*, deben considerarse como una

vuelta racional á la religion primitiva, esto es, á la antigua enseñanza de los sacerdotes. Si, al contrario, como acostumbran los intérpretes modernos, se consideran como un mero trabajo intelectual del individuo, no puede alcanzarse su verdadero significado, y se tienen que abrazar, como plausibles, los comentarios mas absurdos. Así, por ejemplo, no comprendió el señor Cousin la idea de Eutrifon, que en su concepto expresa una especie de contienda entre la moral filosófica y abstracta, segun la entienden los modernos, y especialmente Kant, y la religion positiva. Pues representa tal diálogo la lucha de la verdadera religion y la falsa, de la moral ontológica del monoteísmo revelado y la moral psicológica y variable del politeísmo. No es el santo de Platon y de Sócrates el abstracto honesto de los modernos, sino el honesto concreto, esto es, el divino considerado en la conciencia. Con decir Sócrates que no es santo el bien por el hecho de gustar á Dios, sino que gusta á Dios por el hecho de ser santo, poco oponia á Dios una idea abstracta, sino que frente al verdadero concepto de Dios ponía una falsa nocion de este. Compara Sócrates la verdadera Divinidad, es decir, el Ente, con los dioses de Eutrifon, los cuales, ademas de tener la razon de las existencias, son las fuerzas personificadas de la naturaleza. Habian concebido los anteriores filósofos el divino en la naturaleza, cuando le busca Sócrates en la conciencia, y en esto parece diferir de los pitagóricos y de los eleáticos. Pero si varía, por decirlo así, el lugar, no varía el objeto de sus investigaciones, y considero como apartado de la intencion del gran sabio de Atenas á quien vaya á creer que sea meramente subjetiva la base de su filosofía, y que arranque de la moral puramente psicológica. La ontología de la moral es el punto de partida de la filosofía de Sócrates, lo mismo que se fundan en la ontología de la naturaleza las doctrinas anteriores. »

#### EXPOSICION DE LA DOCTRINA PLATÓNICA.

« Platon nació en la isla de Egina en el año 430 ántes de Cristo: su padre era de la familia de Cadmo y su madre de la de Solon: se dedicó desde muy temprano á las bellas artes, pintura, música, poesía y geometría, y los cálculos matemáticos se unieron en su ingenio vasto y elevado al entusiasmo de lo bello. Las lecciones de Sócrates desarrollaron su vocacion filosófica. Muerto su maestro, viajó para instruirse: visitó á los filósofos de Grecia y á los sacerdotes de Egipto: tuvo relaciones con Dionisio el viejo y despues con el jóven, tirano de Siracusa, de quien fué perseguido por su amor á la justicia. Los pueblos le pidieron leyes y los reyes consejos. La escuela que fundó en los jardines de